

ATLAS HISTÓRICO
DEL ANTIGUO EGIPTO

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ATLAS HISTÓRICO DEL ANTIGUO EGIPTO

Carlos Blanco Pérez



© Carlos Blanco Pérez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

Depósito legal: M-14.253-2017
ISBN: 978-84-9171-007-3

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

Prólogo	9
---------------	---

PARTE I. CONSIDERACIONES GENERALES

I. El acceso a la historia del antiguo Egipto	
1.1. Breve historia de la egiptología	14
1.2. El desciframiento de la escritura jeroglífica	16
1.2.1. Los primeros intentos	16
1.2.2. La piedra de Rosetta y el triunfo de Champollion	20
1.3. Las fuentes primarias	25
II. La geografía de Egipto y Nubia	
2.1. La etimología de <i>Egipto</i>	30
2.2. El río Nilo	31
2.3. Nubia	35

PARTE II. LA HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

III. El periodo predinástico	
3.1. El Sáhara prehistórico	40
3.2. Las culturas neolíticas del Bajo Egipto	41
3.3. Las culturas neolíticas del Alto Egipto	42
IV. Las primeras dinastías	
4.1. La dinastía 0	46

4.2.	La época tinita	48
4.2.1.	La I dinastía	48
4.2.2.	La II dinastía	49

V. El Reino Antiguo

5.1.	La III dinastía	52
5.2.	La IV dinastía	56
5.2.1.	El reinado de Senefru	56
5.2.2.	Jufu y la construcción de la Gran Pirámide	58
5.2.3.	Djedefra y el crepúsculo de la dinastía	62
5.3.	La V dinastía	64
5.4.	La VI dinastía	65

VI. El I Periodo Intermedio

VII. El Reino Medio

7.1.	La XI dinastía	76
7.2.	La XII dinastía	79
7.2.1.	De Amenemhat I a Sesostri II	79
7.2.2.	De Sesostri III a Neferusobek	84

VIII. El II Periodo Intermedio

8.1.	Los hicsos	90
8.2.	El ocaso de la presencia hicsa	92

IX. El Reino Nuevo

9.1.	La XVIII dinastía	97
9.1.1.	Ahmosé I y Amenhotep I	97
9.1.2.	Tutmosis I y Tutmosis II	99
9.1.3.	Hatshepshut	102
9.1.4.	Tutmosis III	104
9.1.5.	Amenhotep II y Tutmosis IV	110
9.1.6.	Amenhotep III	113
9.2.	El periodo de Amarna	116
9.2.1.	La figura de Ajnatón	116
9.2.2.	La nueva religiosidad	120
9.2.3.	El problema sucesorio	123
9.2.4.	El reinado de Tutanjamón	126
9.2.5.	Horemheb y el final de la dinastía	128
9.3.	El Éxodo	129
9.4.	La XIX dinastía	131
9.4.1.	Ramsés I y Sethi I	131
9.4.2.	Ramsés II	135
9.4.3.	De Merneptah a Tausert	143

9.5.	La XX dinastía	145
9.5.1.	El contexto general	145
9.5.2.	El reinado de Ramsés III	146
9.5.3.	La decadencia ramésida	149
X. El III Periodo Intermedio		
10.1.	La XXI dinastía	152
10.1.1.	De Esmendes I a Psusenes I	152
10.1.2.	De Amenemope a Psusenes II	154
10.2.	La XXII dinastía	156
10.2.1.	Sheshonq I y el ascenso libio	156
10.2.2.	De Osorcón I a la crisis de la dinastía	159
10.3.	Las dinastías XXIII y XXIV	164
10.4.	La XXV dinastía	166
10.4.1.	El Reino de Napata	166
10.4.2.	De Pianji a Shabaka	167
10.4.3.	Shabitko, Taharqa y la amenaza asiria	170
XI. La época saíta		
11.1.	Los orígenes de la XXVI dinastía	176
11.2.	De Neco II a Psamético III	179
XII. El periodo persa		
12.1.	La dinastía XXVII	184
12.1.1.	Los aqueménidas	184
12.1.2.	El gobierno persa de Egipto	185
12.1.3.	Las tensiones sucesorias	187
12.2.	La XXIX dinastía	188
12.3.	Las dinastías XXX y XXXI	189
XIII. Los ptolomeos		
13.1.	Alejandro Magno	194
13.2.	Los ptolomeos mayores	196
13.3.	El ocaso de la dinastía ptolemaica	199
PARTE III. SOCIEDAD Y CULTURA		
XIV. La religión egipcia		
14.1.	Los elementos fundamentales	210
14.2.	Las cosmogonías	211
14.3.	La idea de Maat	214

14.4. Las creencias de ultratumba	215
14.5. La concepción del tiempo	218
XV. La lengua y la escritura	
15.1. La evolución de la lengua egipcia	222
15.2. Los sistemas de escritura	223
XVI. Los conocimientos científicos	
16.1. El cultivo de las matemáticas	230
16.2. El calendario	232
16.3. La medicina	232
Epílogo. El legado de Egipto	
Bibliografía	239

V

El Reino Antiguo

El Reino Antiguo (*Old Kingdom* en la bibliografía anglosajona, *Ancien Empire* en la francesa y *Altes Reich* en la alemana) constituye uno de los periodos más esplendorosos de la historia egipcia, su auténtico amanecer como gran civilización. Resulta difícil exagerar los logros alcanzados por esta etapa brillante, pero lo cierto es que hace aproximadamente 4.600 años, en tiempos del monarca Djeser, la humanidad erigió sus primeras construcciones en piedra y estableció los cimientos de una sólida burocracia estatal que propiciaría la

preservación de la identidad cultural, religiosa y política de Egipto durante más de dos milenios. En palabras de Jean Vercoutter, “esta época, que abarca medio milenio, fue considerada por los propios egipcios como la edad de oro de su civilización: el arte corona una perfección que solo recuperará brevemente durante los imperios Medio y Nuevo” (*L’Égypte et la vallée du Nil* I, 245).

5.1. La III dinastía

La cronología tradicional sitúa la III dinastía, la primera del Reino Antiguo, entre los años 2686 y 2613 a. C. Se trata, por tanto, de un periodo breve, en el que únicamente reinaron cinco soberanos egipcios. Sin embargo, la fecundidad arquitectónica asciende a pináculos asombrosos y rebasa cualquier otra cima escalada por los pueblos circundantes al país del Nilo. Por desgracia, los textos que nos han llegado son –como en general sucede con los registros del Reino Antiguo– más bien escasos y poco prolijos, lo que dificulta enormemente la labor de reconstrucción historiográfica de este periodo. Salvo en el caso de algunas pirámides de las dinastías V y VI, decoradas con inscripciones de cariz religioso, ni siquiera las fastuosas edificaciones erigidas por los monarcas del Reino Antiguo abundan en textos jeroglíficos que nos permitan comprender la forma de vida de la época y la evolución de la mentalidad.

Los orígenes de la III dinastía yacen aún hoy sumidos en la oscuridad. La hipótesis más aceptada sugiere que Nebka (2686-2667 a. C.) fue su fundador. Los restantes monarcas habrían sido Djeser, Sejemjet, Jaba y Huni, pero con la excepción del más célebre de todos, Djeser (a veces transliterado “Zóser”), sobre los otros reyes carecemos de información fiable.

Junto a Djeser, la otra gran figura de la III dinastía es la de Imhotep, una de las personalidades más fascinantes de la historia



egipcia. El nombre de este eminente polí-
mata significa “El que ha venido en paz”:



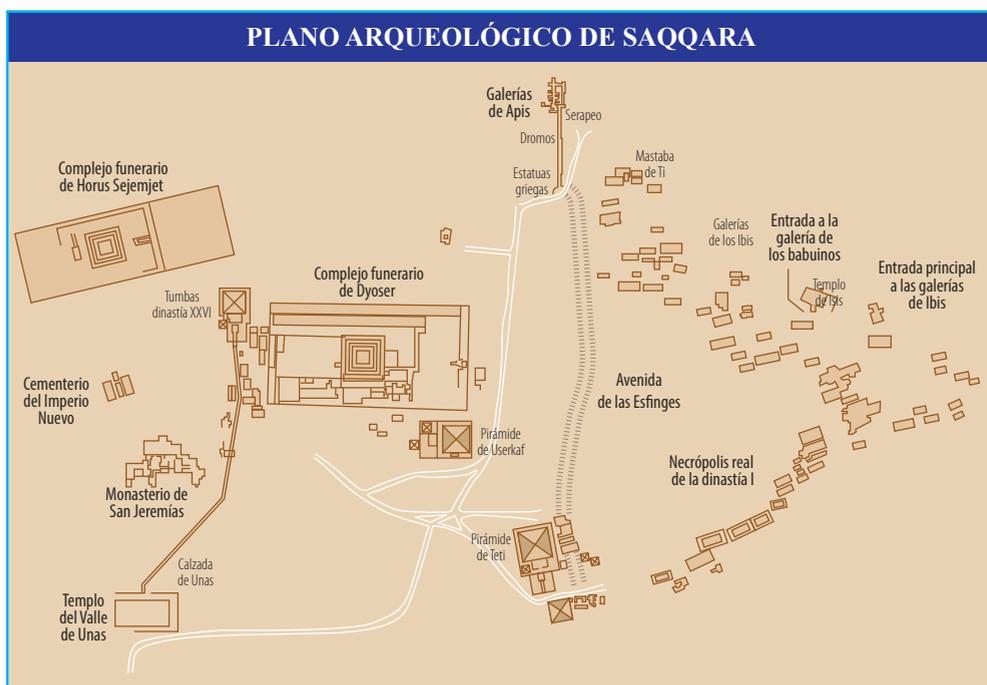
De él escribirá Manetón: “a causa de su conocimiento de la ciencia médica, está considerado por los egipcios como Esculapio; él inventó el procedimiento de la piedra tallada para la construcción de monumentos y se dedicó también a las letras”. Primer ingeniero documentado de la historia, arquitecto de Djoser, gran sacerdote de Heliópolis, epitome de sabiduría, médico eximio que será divinizado siglos más tardes como alabanza a sus conocimientos proverbiales, identificado con el Asclepio de los griegos y el Esculapio de los romanos, suya fue la genial idea de superponer mastabas de menor área hasta levantar la pirámide escalonada de Saqqara, tumba de Djoser y uno de los monumentos más hermosos que nos ha legado Egipto.

El enclave de Saqqara, necrópolis ubicada al sur de Menfis (capital del reino y sede de la corte), a unos treinta kilómetros al sur

de El Cairo, se funde con las vastas y arenosas dunas del desierto occidental egipcio. La atmósfera que se respira se halla imbuida de una mística indescriptible. Bajo el azul intenso de un cielo inefablemente puro, por ella desfilan milenios de historia, construcciones pioneras, notables templos mortuorios, textos enigmáticos que contienen instrucciones para el viaje al Más Allá... Pero ante todo se alza, impertérrita, la primorosa pirámide de Djoser diseñada por Imhotep, investida de una simetría regia, serenamente armoniosa, escalera que vincula la Tierra con el cielo, símbolo del ascenso hacia la morada de los dioses y emblema del orden y la estabilidad eternos que, emanados de las alturas, han de regir también los destinos de Egipto.

Cuando la humanidad se limitaba a construir en frágil barro y en efímero adobe, el Egipto de la III dinastía consiguió una gesta verdaderamente sublime: la edificación de una tumba pétreo que, gracias a la solidez de este material, ha resistido el paso de más de cuarenta siglos.

La pirámide escalonada de Saqqara consiste en la superposición de seis mastabas





Pirámide de Saqqara



Estatua sedente de Djeser,
Museo Egipcio de El Cairo

(término árabe que quiere decir “banco”: المصطبة). Posee una altura de 60 metros y una base rectangular de 118 por 140 metros. Fue en el *serdab* (*per twt* en egipcio, “casa de la estatua”), cámara cerrada anexa al ángulo nororiental de la pirámide y en cuyo interior se creía que residía el *ka* del difunto (un concepto verdaderamente fascinante, prácticamente intraducible, pues evoca la fuerza vital, la potencia anímica del individuo; en su acepción más profunda, remite a la chispa eterna y divina que habita en el hombre), donde se descubrió una bella estatua sedente de Djeser, actualmente custodiada en el Museo Egipcio de El Cairo. Todo el complejo funerario de Saqqara contribuye a la exaltación de la figura del monarca Djeser y a la acentuación de su papel como mediador entre la esfera divina y el ámbito terrenal. Adjunto a la pirámide destaca también un espacio reservado para la realización del Festival del Sed.

La posibilidad de construir una pirámide como la de Saqqara representa un hito logístico de extraordinarias proporciones. Nos indica, en primer lugar, que la ingeniería había obtenido niveles de sofisticación técnica únicos en el mundo. Además, entraña el desarrollo de una poderosa maquinaria estatal, capaz de reclutar a centenares o incluso miles de obreros, quienes prestaban sus servicios durante las épocas de cre-

cida del Nilo, estación en la que el trabajo agrícola se tornaba inviable. Organizar a tantas personas para llevar a cabo una proeza semejante pone de relieve las altas cotas de dominio que el monarca ostentaba sobre amplias parcelas de la vida egipcia, así como la fe inquebrantable que los súbditos profesaban en su fuerza, su legitimidad y su protección. Llevar a término la empresa de crear una pirámide suponía una epopeya nacional, la idea de un destino común para el pueblo egipcio, canalizado a través de la figura del monarca. No solo los arquitectos y los albañiles, sino también los canteros, los encargados de proporcionar los suministros, los capataces... Toda una hazaña social que, parangonada con las de la IV dinastía, quizá se nos antoje insignificante, pero que enmarcada en el contexto histórico en que se culminó nos da una idea precisa de las cimas tecnológicas y espirituales conquistadas por Egipto en la primera mitad del III milenio a.C.

La fama de rey sabio y de gobernante piadoso acompañaría a Djeser a lo largo de los siglos. Uno de los episodios más célebres se refiere a la destreza y la solicitud con que el faraón supo encarar una terrible adversidad que, aparentemente, habría truncado el clima de teórica bonanza económica del país. Según una estela del año 187 a.C. atribui-

da a Ptolomeo V Epífanes, una devastadora hambruna habría asolado el país en tiempos de Djeser, tragedia que lo habría impregnado todo de una profunda aflicción. La estela narra cómo el monarca, consternado por las calamidades que azotaban Egipto a causa del extraño retraso en la crecida anual del Nilo, imploró el auxilio del dios Jnum. El divino alfarero prometió al angustiado faraón que el gran río jamás volvería a demorarse en anegar las Dos Tierras con sus aguas vivificadoras. ¿Alegoría de las propias dificultades a las que se enfrentaba Ptolomeo V o historia verídica puesta por escrito al cabo de más de dos milenios?

Poco sabemos de Sejemjet, Jaba y Huni, cuyos reinados se habrían prolongado hasta aproximadamente el 2630 a. C. Su presencia no es ubicua en las listas reales, aunque existe un consenso en el orden sucesorio entre Djeser, Sejemjet y Jaba. En lo que respecta a Sejemjet, construyó su pirámide en Saqqara. Gracias a los descubrimientos del arqueólogo egipcio Zakaria Goneim en los años cincuenta del pasado siglo, conocemos la identidad de su monumento funerario, una pirámide escalonada e inconclusa que se encontraba prácticamente enterrada al sudoeste del recinto de Djeser. Huni levantó su complejo funerario en Zawyet el-Aryan, al sur de Giza y, por tanto, en una necrópolis relativamente cercana a Menfis, el centro del poder político. El nombre del faraón se encontró inscrito en vasijas pétreas halladas en las mastabas circundantes a una pirámide escalonada de unos cuarenta y cinco metros de altura (hoy reducida, evidentemente, por los efectos de la erosión; de hecho, prácticamente se confunde con un mero montículo arenoso) y ochenta y tres metros de longitud.

En lo que concierne a Huni, aún se discute la ubicación de su complejo funerario. Quizá se sitúe en Meidum, en las proximidades del oasis de El Fayum, al sudoeste de El Cairo, donde se alza una majestuosa pirámide romboidal que semeja una torre de planta cuadrangular. Senefru, el primer soberano de la IV dinastía, habría usurpado la pirámide de

su antecesor Huni, cuyo nombre no figura en ninguna inscripción, lo que ha alimentado toda clase de especulaciones sobre el propietario de este interesante monumento mortuario de casi noventa metros de altura y ciento cuarenta y cinco de base. Es probable que el diseño original de la pirámide le atribuyera caras lisas, cubiertas con la primorosa, blanca y radiante piedra caliza de Tura, pero los errores arquitectónicos habrían provocado el derrumbamiento de estas paredes y habrían socavado la forma triangular característica de las pirámides de la IV dinastía. Por tanto, y como muestra eximia de la evolución de las técnicas de construcción durante el Reino Antiguo, este monumento ofrece una información incalculable.

Es en una de las mastabas emplazadas junto a la pirámide de Meidum donde el egiptólogo francés Auguste Mariette realizó un descubrimiento brillante. En 1871, en la mastaba del noble Nefermaat (hijo y visir de Senefru) y de su esposa Atet halló un bello friso pintado en estuco que contenía las vívidas y elocuentes pinturas de unas ocas policromadas. De 1,72 metros de largo y 27 cm de alto, actualmente se conserva en el Museo de El Cairo. El detallismo que se aprecia en esta magistral proeza artística, mistificada por el fondo tenuemente azulado que preside la escena y por los pulcros atisbos de simetría reinantes, donde cada aspecto de la textura de las seis ocas ha sido minuciosamente trazado y en cuyos aquilataos rasgos resuenan los siempre esquivos ecos de la perfección, exhala una armonía y una delicadeza excepcionales, aún más admirables si tenemos en cuenta que el conjunto pictórico fue elaborado hace cuarenta y seis siglos. Una insólita manifestación de hermosura cuya calidad refleja la sofisticación, creatividad y sutileza del arte confeccionado por las primeras dinastías egipcias. Asistimos a un auténtico despertar de la belleza en los albores de la civilización, y no sería exagerado sostener que constituye la producción iconográfica más exquisita, elegante y refinada compuesta hasta el momento por la mano del hombre.

También de una de las mastabas del complejo funerario de Meidum procede otra de las grandes obras artísticas que nos prodiga el Reino Antiguo: las estatuas de Nofret y Rahotep, probable hijo de Senefru. Custodiadas en el Museo de El Cairo y hoy separadas, forman parte de un único conjunto escultórico cuyo realismo alimenta la devoción más fervorosa por las cimas estéticas coronadas en este periodo de la historia egipcia.

La subyugante viveza de la mirada de Rahotep y Nofret, estilosamente maquillados, serenos, hieráticos y sedentes en tronos escrupulosamente blanquecinos; la madura limpidez de sus expresiones faciales, cuyos suaves trazos se hallan imbuidos de una pureza entrañable; los magníficos detalles de los ojos (culminados con relucientes incrustaciones de cuarzo blanco y cristal de roca) y los cabellos (sin excluir el atildado bigote del príncipe); los acrisolados pormenores que nutren la decoración floral de la diadema de Nofret, la atmósfera de simbiosis entre lo natural y lo artificial que se percibe ubicuamente...; todo ello convierte esta maravilla en un verdadero milagro. Su acendrada verosimilitud aún hoy parece devolver la vida a los representados, como si su ardo-

roso e indoblegable anhelo de inmortalidad hubiese encontrado fiel cumplimiento en la fuerza resucitadora de una belleza que solo puede calificarse de universal y perenne.

5.2. La IV dinastía

5.2.1. El reinado de Senefru

El pináculo del Reino Antiguo resplandece con la poderosa IV dinastía. Se trata de un periodo de más de un siglo de duración (entre el 2630 y el 2500 a. C.). En él, Egipto coronó hitos arquitectónicos que jamás se superarían. La única de las siete maravillas del mundo antiguo que continúa en pie data precisamente de este periodo: la imponente Gran Pirámide de Giza. Ninguna dinastía ulterior logró –o quiso– realizar prodigios de semejante envergadura. Ni siquiera el Egipto de Tutmosis III y Ramsés II, dos de los monarcas que más contribuyeron a expandir la potencia militar egipcia por Libia, Nubia y el Próximo Oriente, fueron capaces de erigir construcciones tan monumentales como las pirámides que presiden la meseta de Giza, cumbres de la ingeniería humana



Pirámide de Meidum



Estatuas de Nofret y Rahotep



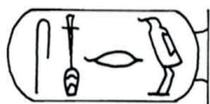
Ocas de Meidum

que permanecerían imbatidas durante milenios, símbolos imperecederos de la fe de un pueblo en su soberano como mediador entre el cielo y la Tierra, garantía del acceso a la vida futura, que era el bien más anhelado por todo egipcio.

Después de un final probablemente convulso de la III dinastía, Egipto consiguió una estabilidad política sin precedentes, prácticamente incólume durante más de cien años. Sin la centralización del poder en manos del monarca, en detrimento de las aspiraciones que habían albergado los gobernantes locales, sin una época particularmente propicia para la agricultura y el desarrollo económico y sin determinadas innovaciones tecnológicas es imposible comprender cómo una civilización que solo había inventado la escritura pocos siglos antes manifestó la fuerza y el talento necesarios para llevar a cabo obras de la magnitud de la Gran Pirámide.

La edad dorada para Egipto que representa la IV dinastía comienza con Senefru. Al igual que con la dinastía predecesora, la capital se sitúa en Menfis, por lo que no es de extrañar que las grandes necrópolis de este periodo se emplazaran a escasos kilómetros de esta ciudad. Hay constancia de que Senefru emprendió expediciones comerciales al Líbano (en busca de los valiosos cedros) y al Sinaí (para explotar sus minas). También envió expediciones militares a Nubia.

Senefru estuvo casado con Heteferes, de quien se han encontrado hermosísimas muestras de mobiliario funerario en una tumba descubierta por el arqueólogo norteamericano George Reisner en los años veinte.



El rey Senefru limitó el poder de la nobleza y concentró importantes puestos de gobierno en miembros de su familia y en parientes cercanos. Es el primer gran constructor de pirámides de caras lisas, no esca-

lonadas, precursoras evidentes de los monumentos de Giza. Las dos más relevantes se alzan en Dashur, a unos cuarenta kilómetros al sur de El Cairo.

La llamada *Pirámide Acodada* o *Pirámide Romboidal* constituye un intento frustrado de levantar una pirámide en sentido estricto, pues un fallo de diseño obligó a modificar la inclinación de sus lados. Por fortuna, el estado de conservación es magnífico, lo que ha permitido a los estudiosos analizar cuidadosamente la evolución de la técnica constructora de pirámides, cuyo culmen llegará con el hijo y sucesor de Senefru.

La otra gran pirámide mandada erigir por este monarca es la Pirámide Roja, situada también en Dashur. En ella encontramos la primera pirámide de caras auténticamente lisas, y aunque sus dimensiones queden eclipsadas por la altura y el volumen de las dos grandes pirámides de Giza, la gesta protagonizada por Senefru acrisola uno de los mayores hitos en la historia de la arquitectura. No olvidemos que, tras los errores cometidos por sus ingenieros en la Pirámide Romboidal, el perfeccionamiento de la técnica auspició, por vez primera en la historia de la humanidad, concluir una pirámide bañada de la simetría tan característica que preside los mejores exponentes de este tipo de edificaciones. En la actualidad, los bloques presentan un color rojizo y brillante, aunque en sus orígenes la pirámide habría estado recubierta por piedra caliza de Tura, cuyo color blanquecino hubo de imprimirle una belleza singularmente evocadora e iridiscente. El monumento alcanza los 104 metros de altura y los aproximadamente 220 metros de longitud en cada lado de la base, aunque esta no traza un cuadrilátero perfecto. Asistimos, por tanto, a un verdadero prodigio de la arquitectura, rúbrica de que la ingeniería egipcia estaba preparada para acometer obras aún más grandiosas.

Senefru alcanzará fama de monarca justo y piadoso. Algunos soberanos del Reino Medio, en particular Amenemhat I, lo elevarán a una categoría prácticamente divina, como prototipo de faraón ecuánime y glorioso.

5.2.2. Jufu y la construcción de la Gran Pirámide

Jufu, el sucesor de Senefru, es el Keops de quien habla Heródoto, y casi con total segu-

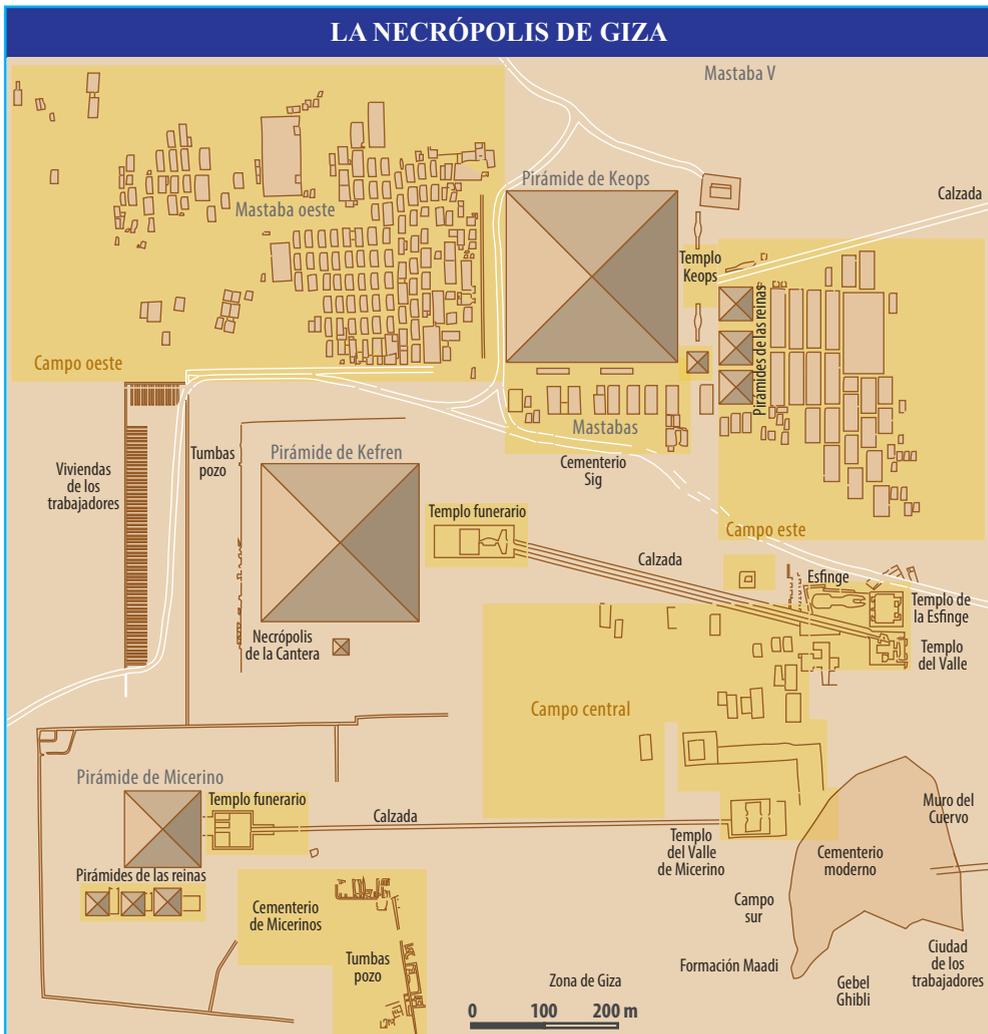
ridad era hijo de Heteféres. Durante su reinado, el poder monárquico se habría robustecido y el cargo de visir habría adquirido una mayor importancia, con una centralización casi absoluta de la toma de decisiones



La Pirámide Roja de Dashur



La Pirámide Acodada



en el monarca y en su visir. Los cartuchos hallados en el interior de la Gran Pirámide (significativamente llamada *El horizonte luminoso de Jufu*) indican que fue el artífice e inspirador de esta obra inmortal.

El proceso de construcción de la Gran Pirámide está rodeado de toda clase de leyendas. Por ejemplo, Heródoto, cuyo testimonio transmite una imagen claramente negativa de Jufu, cuenta que el faraón llegó a prostituir a su hija a fin de obtener recursos para la construcción de su pirámide, ante el agotamiento del tesoro real y la bancarrota a la que habría conducido una obra de tal envergadura. Lo más probable es que estemos, ciertamente, ante una calumnia propagada siglos después.

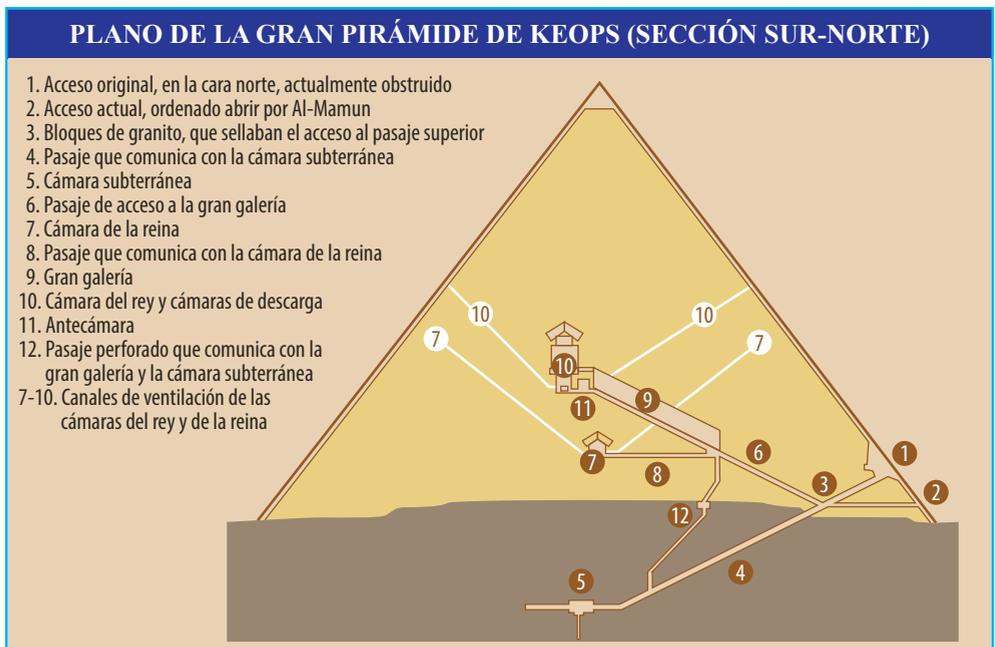
Cómo pudieron elevarse los casi dos millones de bloques de piedra de entre 2 y veinte toneladas de peso para completar una estructura conmovedora, dotada de 146 metros de altura (durante casi cuatro mil años resplandeció como la estructura en piedra más elevada construida por el hombre), con una pendiente de 51 grados, un volumen de más de dos millones de metros cúbicos y una longitud de 230 metros para cada equi-

valente lado de la base, constituye uno de los misterios más profundos de la historia de la arquitectura.

En primer lugar, es difícil comprender cómo lograron coordinarse los miles de hombres necesarios para completar la hercúlea pirámide. La fe mueve montañas, y la confianza ciega en el monarca como representante terreno de los dioses es un factor de indudable relevancia para entender la entrega devota e incondicional de un pueblo a su soberano. Pero, más allá de esta predisposición espiritual a acatar los excelsos designios del faraón, ¿cómo se organizó exactamente el proceso constructivo? ¿Cuántos albañiles, cuántos capataces,



La Gran Pirámide



cuántos ingenieros? ¿Quién centralizó la supervisión de esta obra ciclópea, gloriosa e inmortal, pero inevitablemente sustentada sobre cantidades inconcebibles de dolor, sufrimiento e injusticia?

En segundo lugar, los conocimientos de ingeniería y geometría requeridos para culminar una obra que goza de una perfección eximia en sus proporciones y de un admirable grado de detalle en prolijos aspectos de su estructura son absolutamente asombrosos para una construcción del siglo XXVI a. C.

Según el relato de Heródoto, fueron precisos veinte años para finalizarla. Los bloques, ya labrados, se alzaron mediante unos dispositivos de madera que permitían generar hileras escalonadas de piedra. El sabio de Halicarnaso nos legó el siguiente testimonio:

En cuanto a la pirámide, se gastaron en su construcción veinte años: es una fábrica cuadrada de ocho pletros de largo en cada uno de sus lados, y otros tantos de altura, de piedra labrada y ajustada perfectamente, y construida de piezas tan grandes, que ninguna baja de treinta pies. La pirámide fue edificándose de modo que en ella quedasen unas gradas o poyos que algunos llaman *escalas* y otros, *altares*. Hecha así desde el principio la parte inferior, iban levantándose y subiendo las piedras, ya labradas, con cierta máquina formada de maderos cortos que, alzándolas desde el suelo, las ponía en el primer orden de gradas, desde el cual con otra máquina que en él tenían prevenida las subían al segundo orden, donde las cargaban sobre otra máquina semejante, prosiguiendo así en subirlas, pues parece que cuantos eran los órdenes de gradas, tantas eran en número las máquinas, o quizá no siendo más que una fácilmente transportable, la irían mudando de grada en grada, cada vez que la descargasen de la piedra; que bueno es dar de todo diversas explicaciones. Así es que la fachada empezó a pulirse por arriba, bajando después consecutivamente, de modo que la parte inferior, que estribaba en el mismo suelo, fue la postrema en recibir la última mano. En la pirámide está notado con letras egipcias cuánto se

gastó en rábanos, en cebollas y en ajos para el consumo de peones y oficiales; y me acuerdo muy bien que al leérmelo el intérprete me dijo que la cuenta ascendía a 4.600 talentos de plata. Y si esto es así, ¿a cuánto diremos que subiría el gasto de herramientas para trabajar, y de víveres y vestidos para los obreros, y más teniendo en cuenta, no solo el tiempo mencionado que gastaron en la fábrica de tales obras, sino también aquel, y a mi entender debió de ser muy largo, que emplearían así en cortar la piedra como en abrir la excavación subterránea?

La tesis de que los bloques se transportaron en rampas, ya sea en una única rampa central o en rampas en espiral, es poco verosímil, entre otras cosas porque el esfuerzo requerido para edificar semejantes estructuras habría sido gigantesco, lo que prácticamente habría supuesto acometer una obra casi tan complicada como la de la propia pirámide. Lógicamente, la técnica no puede haber sido tan sofisticada como para desafiar la imaginación de los expertos de nuestros días, y lo más probable es que empleasen mecanismos similares a los descritos por Heródoto.

Si descartamos hipótesis extravagantes, carentes de fundamento científico sólido, que apelan a entidades no humanas, la explicación tiene que ser relativamente sencilla, pues no solo tropezamos con el arcano inescrutable de la Gran Pirámide, sino con el problema de entender cómo, en pocas décadas, la civilización egipcia logró erigir varias pirámides de colosales dimensiones. Tan solo el corte de los bloques de piedra extraídos de las canteras de Giza demanda una destreza inaudita; el trabajo de los canteros habría exigido la introducción de vigorosas cuñas de madera que, humedecidas y consecuentemente hinchadas, ayudarían a quebrar la recia roca de la que se extraían los bloques de piedra.

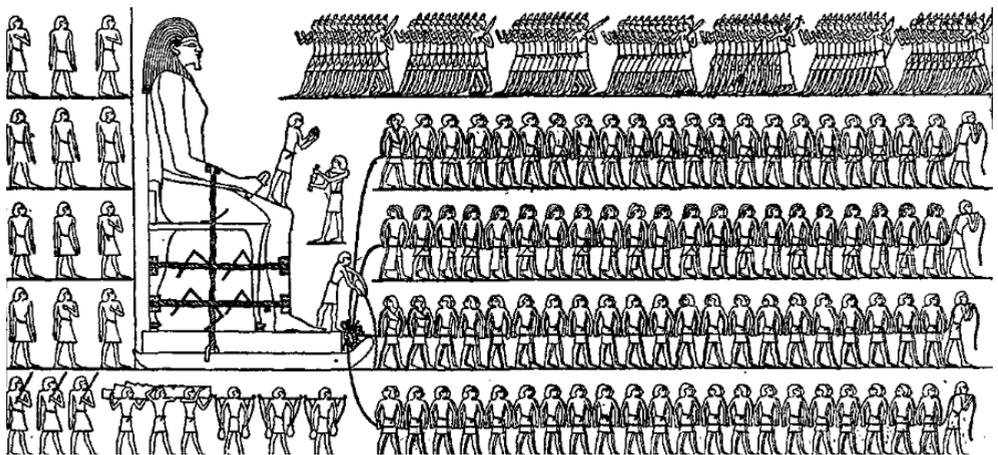
Por desgracia, las fuentes egipcias son sumamente parcas a la hora de brindarnos testimonios sobre el transporte y la colocación de las gigantescas moles de piedra que durante casi tres mil años levantaron a lo lar-

go y ancho del valle del Nilo; seguramente porque para ellos se trataba de una tarea tan evidente e indigna de remembranza como lo son para nosotros las técnicas de ingeniería que empleamos en la construcción de imponentes presas, túneles estremecedores y colosales rascacielos. Es legítimo suponer que una aguda mezcla de tecnología rudimentaria, vasta fuerza humana y considerables dosis de ingenio basta para explicar cómo lograron los egipcios erigir semejantes maravillas arquitectónicas.

En el Deir el-Berscha, en la mastaba que acoge la tumba de Djehutihotep, nomarca de Hermópolis Magna en tiempos del Reino Medio y coetáneo de los más insignes faraones de la XII dinastía, se encontró una interesante representación pictórica que arroja valiosa luz en torno al misterio del traslado de inmensas cantidades de piedra. Copiada por Ippolito Rosellini en 1832 (la tumba había sido descubierta en 1817), en ella observamos hileras de ciento setenta y dos hombres cuidadosamente organizados que, anudados a cuerdas, arrastran una estatua de tamaño medio sostenida sobre un trineo. El desplazamiento del coloso, cuyo peso se ha calculado en aproximadamente sesenta toneladas y cuya altura rozaría los siete metros, se ve facilitado por obreros que vierten agua delante de la estatua, para así deslizar adecuadamente la estructura.

Cabe esperar que descubrimientos como los recientemente realizados por Pierre Tallet, responsable del hallazgo de papiros que ofrecen pistas sobre cómo se transportaban bloques de una a otra parte de Egipto a través del Nilo, esclarezcan uno de los enigmas más fascinantes de esta inagotable civilización.

Contra lo que a veces se sostiene, es altamente dudoso que los trabajos los efectuaran esclavos. Si bien es cierto que historiador de Halicarnaso menciona la presencia de esclavos en la erección de las pirámides, lo plausible es que los constructores de estos monumentos fuesen trabajadores. Las evidencias arqueológicas sugieren que el propio campesinado egipcio, cuyas labores agrícolas se veían entorpecidas por la crecida del Nilo, aprovechaba estos meses para consagrarse en cuerpo y alma a su rey a cambio de un salario ciertamente exiguo, consistente, según Heródoto, en unas pocas raciones de rábanos, cebollas y ajos. Una remuneración ínfima, pero la época sobre la que hablamos, la de mediados del III milenio a. C., era sumamente pobre, como pobre ha sido la humanidad hasta tiempos muy recientes y extremadamente ardua ha sido la existencia del humano medio; la fortuna la acaparaban unas cuantas familias, y la gloria, el decoro y el bienestar se reservaban para los privilegiados que integraban la realeza, la nobleza



Pintura del transporte de una estatua, tumba de Djehutihotep

y el clero, así como para los dioses, receptores de copiosas riquezas que buscaban ganar su beneplácito.

Es innegable, en cualquier caso, que en prácticamente todas las etapas de la civilización egipcia existieron esclavos, pero en su mayoría eran cautivos y prisioneros de guerra nubios, libios, sirios..., encomendados a un amo y condenados a servirle sumisamente, quizá de por vida. Cuál fue su importancia real en el desarrollo de la economía egipcia y, sobre todo, en la forja de su magnificencia arquitectónica es una cuestión abierta, para cuya resolución será necesario rasgar el velo de nuevas fuentes documentales. En particular, aún permanece sujeto a debate el significado preciso del término egipcio *hm* (*hmt* en femenino), así como del colectivo *mrt*:



También son ambiguos otros sustantivos como *bak*, que hacen referencia al trabajo:



¿Hemos de traducirlo por siervo?, ¿por esclavo?, ¿por operario?, ¿por una confusa mezcla de estas tres acepciones?

Terminada hacia el año 2570 a. C., se ha sugerido que el arquitecto de este milagro de la arquitectura universal fue Hemiunu, visir emparentado con la familia real. Sin embargo, algunos autores estiman que únicamente fue un gran capataz de obras, sin alcanzar la categoría de arquitecto propiamente dicho, rol que habría recaído en el príncipe Anjaf. El hermoso revestimiento calizo que con toda seguridad recubrió la pirámide se perdió durante una serie de desafortu-

nados sucesos, sobre todo a causa del terremoto que asoló la región en el siglo XIV. Los restos de caliza fueron utilizados por los gobernantes islámicos para embellecer la ciudad de El Cairo (en árabe القاهرة, “La victoriosa”), urbe que había sido fundada en el año 969 por los fatimíes como capital de su flamante califato chií.

El reinado de Jufu tuvo que estar enfocado casi por entero a la construcción de su pirámide, sin duda un honor excesivo para un mero hombre, aunque se considerase a sí mismo un dios viviente, el sol de Egipto, la encarnación de eternas fuerzas creadoras.

5.2.3. Djedefra y el crepúsculo de la dinastía

El sucesor de Jufu fue su hijo Djedefra. Para legitimarse frente a otros pretendientes, habría contraído matrimonio con, entre otras mujeres, su hermanastra Heteferes II (práctica muy habitual entre los miembros de las dinastías egipcias, donde se toleraba la vulneración del tabú del incesto en aras del mantenimiento de la dinastía). Es de destacar que su nombre incluya una referencia al dios Ra, cuya importancia no haría sino aumentar en los restantes monarcas de la IV dinastía y en otros tantos de la V. Este hecho evoca también el creciente poder de los sacerdotes de Heliópolis.

La pirámide de Djedefra, ubicada en Abu Roash, es la más septentrional de Egipto, pero se encuentra prácticamente destruida.

A Djedefra le sucedió el también hijo de Keops Jafra (“Ra ha aparecido”: el Kefrén de los griegos), inmortalizado en una sublime estatua sedente de diorita que se conserva en el Museo Egipcio de El Cairo.

Jafra ordenó construir la segunda de las grandes pirámides de Egipto. Las dimensiones son casi tan fastuosas como las de la Gran Pirámide: 143 metros de altura, 215 metros en cada lado de la base, un ángulo de inclinación de 53 grados y un volumen de aproximadamente dos millones de metros cúbicos.